

Los HOMBRES y sus OBRAS



POR ANDRES SABELLA

VEINTIOCHO ROSTROS DEL CUENTO CHILENO

ANTONIO de Undurraga es un escritor de los que podrían llamarse de espada en alto. Jamás se le ve tumbado sobre la molicie. Desde que empieza a publicar, en 1938, la pluma creadora no se detiene. Principia con un libro de poemas cuyo título resulta una contradicción absoluta con la existencia del poeta: "La Siesta de los Peces". ¡Si hay alguien que no dormita siquiera de los escritores chilenos, ese escritor es Antonio de Undurraga! No sólo el quehacer suyo le absorbe; de modo permanente vive echado encima de los viejos caminos maestros, desentrañándoles, purificándoles, remeciéndoles frutos equivocados.

Convencido de que "La Araucana" necesitaba afeitarse de innumerable maraña de octavas reales, consigue, en 1947, su "Texto Vital". Carlos Pezoa Véliz no queda lejos de su brazo: lo llama a terreno, se bate con el donoso poeta y ya, en 1951, propone lo que, a su juicio, constituye la docena indiscutible de su gloria.

Crepita en Antonio de Undurraga una especie de conciencia de superior alquimista: nos agrada imaginarle en el trasfondo de sus papeles, balanza en mano, pesando, con los ojos desorbitados, el gramo exacto del genio o del ingenio de nuestros escritores. La "U" de su apellido sugiere, precisamente, una balanza en fiel de austeridades. Desde que le conocimos, en la universidad, criticando, sin cansancio, cuanto se le ponía a tiro, no ha variado en su conducta pesquisadora. Posee olfato y paciencia de buscador de oro. No contempla nuestras letras como un jardín, sino que como una fuente de posibilidades y madureces: a él, únicamente, le atraen estas últimas. Su "Atlas de la Poesía Chilena", aparecido en 1958, mostró diversos índices antes del definitivo; Antonio de Undurraga realiza allí una tremenda partida de ajedrez consigo mismo y con la poesía. No menor debió ser el hallazgo de los "28 Cuentistas Chilenos del Siglo XX" (Biblioteca de Novelistas, Empresa Editora Zig-Zag, S. A., 278 págs.), que bien consideraríamos un homenaje a los 120 años que cumple ahora el cuento nacional, iniciado en 1843 por "El Mendi-go", de don José Victorino Lastarria.

Remachando antiguas ideas suyas, una como nacionalización por genio, esta antología la comienza con Rubén Darío; antes, en el "Atlas de la Poesía Chilena", también engrandece las puertas de nuestra lírica con la presencia del nicaragüense. Para De Undurraga, Darío es chileno "por gracia" de amor y porque en nuestro país bebió las savias nutricias del parnasianismo y del simbolismo, obteniendo

de su confluencia el cuerpo perfumado y luminoso del modernismo; Arturo Marasso, en su excelente trabajo en torno a Darío, señala que en Chile "oye de más cerca del rumor del mundo". De "Azul...", editado aquí, en 1888, con inteligente prólogo augural de don Eduardo de la Barra, selecciona De Undurraga "El rubí".

Parecen, definitivamente, cuentos cimeros en nuestras letras: "Candelilla", de Federico Gana, antologado por Raúl Silva Castro y De Undurraga, quienes asimismo se tocan en "Vásquez", de Guillermo Labarca, y en "La Inútil", de Juan Espinosa*; "En Provincia", de Augusto d'Halmar, figura en el tomo De Undurraga y en el de Armando Donoso ("Austral", Buenos Aires, 1941), que colecta de Eduardo Barrios "La Antipatia"; de Mariano Latorre, "La Desconocida", y de Marta Brunet, "Doña Santitos", recogidos acá por De Undurraga. "La Picada", de Luis Durand, se inserta en esta antología y en la citada de Silva Castro. Antonio de Undurraga coincide sólo en tres cuentos con María Flora Yáñez ("Antología del Cuento Chileno Moderno", 1958); en "El Cielo Colorado", del cronista; en "Rododendro", de Hernán del Solar, y en "Gertrudis", de María Flora Yáñez.

El fuego polémico no lo divisamos en la selección; lo sentimos en las presentaciones que preceden a cada cuento; ahí Antonio de Undurraga no teme bajar santos de los altares; escuchémosle en estos ejemplos: "Todo aconseja que a Baldomero Lillo se le coloque en su verdadero y discreto lugar" (pág. 19). "Tuve la impresión de que no estaba frente a una obra de arte" (pág. 59), escribe a propósito de "Gran Señor y Rajadiablos"; "La lectura obligatoria de sus obras en los planes de enseñanza nos parece una medida negativa, pues no tiene la calidad requerida para ello" (pág. 72), estigmatiza a Latorre; "Hijo de Ladrón"... no pudo satisfacerlos" (pág. 109).

Después del intento romántico de Lastarria, conforta medir lo obtenido en 120 años y puntualizado, en vigoroso ademán, por Antonio de Undurraga. En Chile "los aciertos son muy escasos"; pero, a pesar de esta pobreza, ostentamos "el equipo tal vez más poderoso de cuentistas latinoamericanos con méritos universales" (pág. 9). Esperamos que "Las Mil y Una Noches del Cuento Latinoamericano", que anuncia, nos lo pruebe. Esta luz que alza De Undurraga vibra con la esperanza y responsabiliza, como un ardiente contrato.

*Ver "Antología de Cuentistas Chilenos", Biblioteca Cultura, Zig-Zag.